

# Hechicera

La Romántica



# Nicole Jordan

## Hechicera

Traducción de Griselda Cuervo

 Planeta

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro, está calificado como **papel ecológico** y ha sido fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones gestionadas con los más altos estándares ambientales, garantizando una explotación de los recursos sostenible con el medio ambiente y beneficiosa para las personas.

Los personajes de este libro no existen fuera de la imaginación de la autora y no tienen relación con nadie que pueda llevar el mismo nombre. No se inspiran, ni siquiera vagamente, en ninguna persona conocida o desconocida por la autora, y todos los hechos relatados son pura invención.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Título original: *Moonwitch*

© Anne Bushyhead, 1991

[www.nicolejordanauthor.com](http://www.nicolejordanauthor.com)

Publicado de acuerdo con Books Crossing Borders Inc., Nueva York, y Tute Körner Literary Agent, S. L., Barcelona, [www.uklitag.com](http://www.uklitag.com)

© por la traducción. Griselda Cuervo, 2010

© Editorial Planeta, S. A., 2010

Avinguda Diagonal, 662, 6.ª planta. 08034 Barcelona (España)

Diseño de la colección: Laura Comellas / Departamento de Diseño,

División Editorial del Grupo Planeta

Ilustración de la cubierta: © Candela Foto Art / Kreuziger / Getty Images  
y © James Steidl / Shutterstock

Primera edición en Colección Booket: enero de 2010

Depósito legal: B. 42.815-2009

ISBN: 978-84-08-09018-2

Composición: Víctor Igual, S. L.

Impresión y encuadernación: Litografía Rosés, S. A.

Printed in Spain - Impreso en España

## Biografía

Nicole Jordan es hija de militar y pasó su infancia viajando de país en país. Licenciada en Ingeniería, trabajó como gerente de una importante empresa antes de empezar su carrera como escritora en 1987. Desde entonces, ha escrito más de dos docenas de novelas históricas, de las que se han vendido más de cuatro millones de ejemplares. Las apasionadas novelas románticas de Nicole han aparecido en numerosas listas de los libros más vendidos, incluidas las de *The New York Times*, *USA Today*, *Waldenbooks* y *Amazon.com*. Nicole Jordan ha sido finalista del Rita Award de la RWA (Romance Writers of America), que asimismo la ha designado candidata al premio al libro favorito del año. Ha ganado también el premio Dorothy Parker, otorgado por la RIO (Reviewers International Organization), una asociación compuesta por un centenar de críticos de novela romántica. Booket ha publicado las siguientes obras de la autora: *Amar a un caballero*, *Fuego en tus manos*, *Deseo y engaño*, *Abrazos de terciopelo*, *Seducción*, *Pasión*, *Deseo*, *Éxtasis* y *Placer*.



*En memoria a  
Vicki Saunderson Powers  
por su valentía y amor a la vida*



*Antigua, Indias Occidentales Británicas, 1819*

La tripulación de la goleta americana salió de la taberna El Descanso del Grumete y empezó a avanzar dando tumbos por la calle Long entre grandes carcajadas. Los animados silbidos y risotadas que traía la omnipresente brisa del mar flotaron a la deriva, atravesando los cristales rotos de las ventanas de los edificios de madera que jalonaban la calle. Aquel clamor incluso se permitió invadir las oficinas de P. Foulkes, abogado, donde en ese preciso instante se encontraba Selena Markham sentada en una silla mientras realizaba una consulta al ilustre fundador de la firma.

Distraída momentáneamente por el tumulto, hizo una pausa en mitad de la frase para clavar la mirada por encima de la incipiente calva del letrado en dirección a la ventana. No obstante, como no oyó gritos de «fuego en los cañaverales» o «barco haciendo agua» (algo que Selena temía incluso más que las llamas), reanudó aquella conversación sobre un tema que le resultaba terriblemente desagradable: el problema de las continuas extravagancias de su madrastra.

—Tenía la esperanza de que tal vez usted podría su-

gerir alguna solución —confesó la joven—. Edith se puso bastante... grosera cuando me negué a subirle la asignación el día de paga, pero es que no tenía elección, sigue gastando mucho más de lo que renta la plantación. ¡Y ahora esto! Esta vez ha ido demasiado lejos con sus excentricidades, ¡ofrecer la casa como garantía...! Tengo que hacer algo, no puedo permitir que pierda la casa por no pagar al prestamista.

Mientras sus dedos jugueteaban con el reloj de oro que colgaba del bolsillito de su chaleco, como presidiendo su voluminoso contorno, el orondo abogado la contempló con aire pensativo: la vehemencia de Selena lo desconcertaba y ella lo notó al ver la expresión pintada en la cara del hombre. Desde luego, hasta ella se daba perfecta cuenta de que no se estaba comportando con su característica mesura; aunque también sabía que, con el vestido de muselina acanalada y el sombrero de ala estrecha bajo el que se escondía gran parte de su frondosa melena, tan rubia que lanzaba destellos plateados, seguía teniendo un aspecto calmado y elegante.

—Lo entiendo perfectamente —respondió Ignatius con el tono familiar que emplearía un amigo de toda la vida—, comprendo lo difícil que es su posición, querida. Me hago cargo totalmente de lo... testaruda que puede llegar a ser su madrastra.

Testaruda era un término demasiado caritativo, pensó la joven con cierta amargura: avariciosa, malévola, tal vez incluso despiadada, éstos eran calificativos más adecuados para describir a Edith. Desde que ésta se casó con Thomas Markham siete años atrás, Selena había hecho todo esfuerzo imaginable para vivir en armonía con su madrastra y, con el tiempo, había encon-

trado la manera de lidiar con Edith, que consistía fundamentalmente en ignorarla hasta donde fuera posible y no responder a las pullas que le lanzaba con frecuencia, por más que la irritaran y en ocasiones consiguieran herirla. Y continuó con esa costumbre después de que su padre muriera porque sentía que era su obligación por respeto a la memoria de éste. Pero esta vez Edith había ido demasiado lejos.

—Se diría que —continuó Ignatius— la señora Markham quiere ponerla entre la espada y la pared.

Al oír aquel comentario impropio, Selena sintió que la invadía la impaciencia, se inclinó hacia delante al tiempo que sus delicadas facciones se volvían serias y un tanto adustas y respondió:

—Exactamente. Pero sabe usted tan bien como yo que aunque la renta que papá le dejó a Edith es más que suficiente para que viva con holgura y todas las comodidades, no alcanza para costear los caprichos con los que se ha estado regalando últimamente: sólo las esmeraldas han costado ya casi dos mil libras.

Ignatius arrugó los labios al tiempo que fruncía el ceño y sacudía la cabeza lentamente.

—Lo pensaré, querida, pero me temo que no tengo mucho margen de maniobra con la ley en la mano: su padre le dejó a usted la tierra pero la señora Markham es la propietaria legítima de la casa... Ahora bien, siempre podría usted comprar la propiedad a los acreedores de su madrastra...

—¡A precio de usurero, seguro!

—Sí, pero este año la cosecha de caña de azúcar ha sido buena, muy probablemente se lo podría permitir.

Selena se apretó las manos enguantadas que tenía sobre el regazo, tratando de dominar la frustración.

—Hay casi cuatrocientas personas que dependen de mí para su sustento, señor Foulkes, por no mencionar que hacen falta rodillos nuevos para uno de los molinos y una cisterna para la lonja de secado. ¡Si no pongo freno a sus desmanes, Edith acabará por llevar la plantación a la bancarrota! Ni mi padre se fiaba de ella con el dinero.

Como Ignatius apenas hizo un leve gesto afirmativo con la cabeza para expresar que la comprendía, Selena lanzó un suspiro atribulado.

—Claro que podría comprar la casa inmediatamente, pero, entonces, ¿qué? No iba a pedirle a Edith que se marchara, no tiene dónde ir y, además, ¿en qué clase de monstruo me convertiría si hiciera eso?

El sonido de una voz tosca justo al otro lado de la ventana interrumpió la respuesta del abogado:

—¡Yo apuesto *po'l* capitán!

—¡*Pos* yo digo que Diminuto lo va dejar *zanjao d'una vez!* —se oyó a alguien responder a gritos.

Aquella interrupción era imposible de ignorar: Ignatius levantó su voluminoso corpachón del asiento y fue a abrir las contraventanas para asomarse a la calle. De inmediato la luz cegadora del sol del Caribe entró a raudales en la habitación inundándola con un resplandor que habría provocado una mueca instantánea de molestia en cualquiera que no estuviese acostumbrado a la claridad y el calor de las islas.

Pero Selena había crecido allí, así que, pese a estar deseando continuar la conversación, se levantó del sillón de orejas tapizado en piel donde estaba sentada para ir a reunirse con el abogado junto a la ventana. A su izquierda, vio como la calle Long ascendía la pronunciada cuesta desde los muelles del puerto de Saint

John y, más allá, se extendía ante sus ojos la inmensidad turquesa del mar cuajado de queches y pequeñas falúas. El puerto sólo tenía calado para embarcaciones de metro y medio como mucho, así que cientos de los navíos que recalaban en Antigua cada año tenían que echar el ancla en English Harbor, al otro lado de la isla, donde estaba la base de la Armada británica en el Caribe.

Al mirar a su derecha, colina arriba, Selena vio el nutrido y bullicioso grupo de unos treinta hombres vestidos con chaquetas azules y pantalones marineros de loneta que avanzaba calle arriba hacia el juzgado, con gran alboroto, llevando a cuestas a dos individuos.

Ignatius musitó con aire de desaprobación:


—Es la tripulación de la *Tagus* si no me equivoco...

—¿La *Tagus*? —preguntó Selena mientras seguía con la mirada al grupo que se iba alejando.

Él asintió con la cabeza.


—Una goleta americana de cuatrocientas toneladas —le explicó—. Ha atracado en puerto hoy mismo —añadió al tiempo que emitía otro sonido que recordaba a un gruñido—. ¿Ve al hombre que llevan a hombros, el de los cabellos castaños? Ése, querida, es el capitán Ramsey. Esta clase de comportamiento es bochornoso para un hombre que ocupa una posición de autoridad, incluso aunque sea americano. Supongo que al gobernador le debe tranquilizar infinitamente que no exista el menor parentesco...

Entonces Selena reconoció el nombre: pese a que no lo escribían igual, el capitán americano compartía apellido con el gobernador de las Islas Leeward, el general de división George Ramsay, y se acordó de que su




padre, que había sido buen amigo del gobernador, había comentado la coincidencia alguna vez.

Llevada por la curiosidad de ver por fin qué aspecto tenía el hombre que tan a menudo había sido objeto de un acusado interés entre las damas de la isla, Selena se asomó por la ventana. Sólo alcanzó a ver la espalda del capitán al que su tripulación llevaba a hombros entre risotadas y bromas, pero incluso a cierta distancia se dio cuenta de que sus cabellos castaños eran espesos y ondulados; parecía alto y musculoso, tal y como había oído que lo describían, aunque no tan fornido como el gigante de pelo negro con el que compartía el bamboleante trono.



Lo que Selena sí sabía era que Kyle Ramsey pasaba a menudo —una o dos veces al año— por Antigua y siempre que estaba en la isla se quedaba en casa de uno de sus amigos, un terrateniente que no vivía en sus dominios, pero que poseía una plantación en la franja más resguardada de la costa, justo al lado de la suya. Hasta donde ella tenía noticia, la mitad de las mujeres que conocía había perseguido al capitán Ramsey en un momento u otro de su vida y éste era bien recibido en todas las casas respetables, aunque por lo general no se le solía ver en ningún acto social y parecía preferir la compañía de su bulliciosa tripulación.



Desde luego daba la impresión de que el capitán había estado compartiendo con todos los suyos unos cuantos tragos en la taberna que había al fondo de la calle, pues iba provocando tanto escándalo como sus hombres y se les había unido para entonar con voz grave llena de energía una canción al tiempo que iba dando palmadas en la espalda al otro compañero que, como a él, llevaban briosamente a hombros el resto de marineros.



Selena se alejó de la ventana cuando Ignatius se dio la vuelta esbozando una mueca de repulsa y la decepcionó un tanto que el abogado retomara la conversación que mantenían sobre Edith Markham para comunicarle que no creía que pudiera hacerse gran cosa al respecto:

—Lo lamento mucho, querida, desearía poder serle de más ayuda... Pero, en cualquier caso, pronto tendrá usted un nuevo hogar. ¿Cuándo es el feliz acontecimiento?

A Selena le costó trabajo reprimir un suspiro al pensar en su compromiso.


—Todavía no hemos fijado una fecha... Resulta un tanto desconsiderado por mi parte casarme tan pronto tras la muerte de mi padre...

Ignatius, creyéndose en el derecho de hacerlo porque hacía muchos años que conocía a la familia, se permitió agitar el dedo índice frente a la cara de la muchacha con aire de paternal reprobación:


—Ya han pasado casi dos años, querida... No querrá perder al señor Warner por hacerlo esperar demasiado, ¿verdad que no? Y además ya no está usted en la primera juventud precisamente... —le recordó con tono amable que pretendía suavizar un tanto las hirientes palabras.

Selena evitó responder y se dispuso a recoger el bolso y la sombrilla, consciente de que, a sus veinticuatro años, se la consideraba poco menos que una solterona. No era que los hombres no la encontraran atractiva, pues poseía una belleza que podía describirse como etérea: era alta y esbelta, con los cabellos de un color dorado más pálido aún que el resplandor de la luna, del sutil tono cálido del maíz maduro, y sus ojos






eran de un azul tan pálido que prácticamente se podían describir como grises según cómo les diera la luz. Tampoco era que le desagradara la idea del matrimonio. El primer hombre con el que había estado prometida era un oficial de la Marina inglesa del que se había enamorado con todo el fervor del que era capaz su corazón de dieciocho años; aquel amor había sobrevivido a los estragos de la guerra con las colonias de América, pero terminó en tragedia cuando el barco de su prometido naufragó en una tormenta frente a las costas de Dominica, y ella todavía no se había recuperado por completo de la pérdida cuando el barco de Thomas Markham se hundió durante un huracán que prácticamente destrozó Santa Lucía. Aquella segunda tragedia, cuando aún había pasado tan poco tiempo desde la primera, había hecho nacer en ella un profundo temor, no ya sólo a las tormentas, sino incluso a los barcos en general.



Tras un prudencial tiempo de duelo, había aceptado que la cortejara uno de los hacendados más ricos de la isla: el honorable Avery Warner, un respetable viudo veinte años mayor que ella, miembro de la Cámara de Representantes de Antigua.

Selena no estaba enamorada de él, pero admiraba mucho su habilidad como legislador y la pericia con que se encargaba de sus incontables posesiones y, pese a que le molestaba la actitud un tanto displicente con que la trataba, estaba dispuesta a cumplir con los deseos de su difunto padre. Thomas Markham veía la unión con buenos ojos y había expresado a menudo su deseo de verla casada algún día con un hombre tan bien considerado. En cualquier caso, el matrimonio era el destino que se asumía para cualquier señorita de buena



familia y, al casarse con Avery, por fin sería señora de su propia casa y no tendría que lidiar con su madrastra.

Al pensar en Edith tuvo que luchar con el impulso instintivo de apretar los puños y, en vez de eso, tendió una esbelta mano al abogado mientras trataba por todos los medios de mantener la actitud de apacible autoridad que tan buenos resultados le había dado desde que se ocupaba de la inmensa plantación de azúcar heredada de su padre.

—Gracias por su tiempo, señor Foulkes —se despidió obligándose a esbozar una sonrisa.

Si él no podía ayudarla, tendría que encontrar ella misma la solución a aquel problema. Aunque rara vez se enfrentaba a su madrastra porque Edith solía ganar siempre cuando se producía el conflicto abiertamente, en esta ocasión era la casa de la familia lo que estaba en juego, el único vínculo que le quedaba con sus padres tras haberlos perdido a los dos. Ya no sería su hogar cuando se casara, pero, aun así, no tenía la menor intención de dejar que Edith se la vendiera a unos extraños.

Ignatius parecía entender su delicada situación porque la miró como si le estuviera dando el pésame cuando le tomó la mano:

—Ni que decir tiene, querida, que si se me ocurre alguna idea se lo haré saber de inmediato. ¿Quiere que la acompañe a algún sitio o tiene un criado esperándola abajo?

—Samuel me está esperando delante de la sombrerería con el calesín.

—En ese caso, perfecto. Nos vemos en la fiesta de mañana por la noche entonces y, por supuesto, le ruego que me haga un hueco en su carné de baile; si no tiene

inconveniente en complacer a un pobre viejo, claro está...

Selena asintió con una sonrisa forzada en los labios y dejó que el abogado la acompañara hasta la puerta. Mientras descendía por las escaleras de hierro forjado, la suave brisa marina alborotó sus cabellos primorosamente recogidos en un moño a la altura de la nuca; unos cuantos mechones finos revolotearon en torno a su cara y ella se apresuró a devolverlos al lugar que les correspondía y luego abrió la sombrilla para protegerse el rostro del abrasador sol típico del mes de mayo mientras avanzaba por la calle Long hacia la sombrerería.

Sólo había dado unos cuantos pasos cuando oyó el coro de silbidos y vítores que provenía del patio de un viejo arsenal que había frente al juzgado, al otro lado de la calle: daba la impresión de que se estaba produciendo algún tipo de reyerta amistosa porque podía ver a los agitados marineros de la *Tagus* de pie en un círculo y, a juzgar por los gestos y los gritos, estaban disfrutando de lo lindo con el espectáculo.

Cuando se acercó levantándose ligeramente el borde del vestido de muselina azul para evitar que se manchara con el suelo polvoriento, consiguió ver qué era lo que los tenía tan absortos: dos hombres se estaban enfrentando en lo que resultaba una mezcla curiosa de un pulso y una lucha cuerpo a cuerpo. Selena reconoció al gigante de cabellos negros que había visto antes y se enteró por los gritos de que, irónicamente, su apodo era Diminuto. El otro era Kyle Ramsey.

Seguramente el capitán Ramsey era el menos corpulento de los dos, pero tenía una constitución fuerte, considerable altura y formas proporcionadas, además de espaldas anchas —aproximadamente un metro de

hombro a hombro— que parecían de bronce fundido y piernas musculosas que no hacían sino contribuir a su apariencia de fuerza incontenible. Los dos oponentes se habían quitado la camisa y las botas y, con los importantes músculos marcándose bajo la piel reluciente de sudor, ofrecían una auténtica estampa de poderosa virilidad.

A Selenia la habían educado conforme a un estricto código de conducta y decoro y sabía muy bien que aquél no era sitio para una dama, pero el entusiasmo de los marineros era contagioso, así que acabó por detenerse a observar la escena, aunque asegurándose de mantener una cierta distancia.

La joven se dio cuenta de que no era tanto una pelea, sino más bien un concurso de fuerza: los dos hombres se estaban moviendo cautelosamente en círculo sin perderse de vista un instante y luego de repente se lanzaron al ataque; el impacto de los dos cuerpos produjo un ruido sordo y de inmediato ambos salieron despedidos a cierta distancia sin que ninguno lograra derribar a su rival.

No obstante, en el siguiente encontronazo fue el capitán el que llevó la voz cantante, pues consiguió esquivar el vuelo del temible puño de su oponente y asestarle a Diminuto un golpe en el estómago para luego por fin apartarse con increíble habilidad del puñetazo que intentó propinarle el gigante a modo de respuesta. Con una amplia sonrisa en los labios, Ramsey lo provocó en tono jovial desde la distancia:

—¡Estás cazando moscas, compañero, la próxima vez tienes que apuntar más bajo!

Los blancos dientes resplandecieron en contraste con el tono dorado de su tez y Selenia se quedó contem-

plando fascinada la imagen de poderosos músculos perfectos y vibrante fuerza contenida que ofrecía aquel cuerpo en posición de volver a la carga. La abrumadora virilidad que rezumaba el capitán ejercía un influjo implacable en algún rincón oculto de su feminidad que, en atención al hecho de que estaba prometida, no se podía permitir entretener, ni tan siquiera reconocer. Y, sin embargo, no le costaba trabajo imaginarse por qué el capitán despertaba tanto interés entre las damas: su mera envergadura y vitalidad resultaban fascinantes. Lo vio moverse con gran agilidad pese a su altura y corpulencia y se dio cuenta de que transmitía unas ansias de vivir que lo hacían irresistible.

Desvió la mirada hacia el rostro del capitán Ramsey y comprobó que también era atractivo, de rasgos contundentes claramente esculpidos, frente alta, cejas pobladas, pómulos que se le marcaban cuando sonreía y mandíbula poderosa. Al cabo de un instante, esa misma mandíbula recibió un rechazazo que hizo que el capitán se tambaleara hacia atrás y, cuando Diminuto se abalanzó sobre él rodeándole la cintura con sus fornidos brazos, Ramsey estuvo a punto de caer al suelo, pero se libró en el último minuto y propinó al coloso una gran patada que lo lanzó por los aires e hizo que acabara aterrizando de cara en el lodo.

Diminuto dejó escapar un rugido y se volvió a poner de pie de un salto para lanzarse a la siguiente embestida; tenía el rostro crispado en un gesto de total determinación mientras bajaba la inmensa cabeza y ganaba velocidad para abatirse con la fuerza de un ariete sobre el capitán. Al recibir el impacto en el estómago, Ramsey emitió un gemido y se dobló en dos al tiempo que salía despedido hacia atrás.

El avance de la fenomenal fuerza combinada de los dos hombres enzarzados hizo que la muchedumbre de espectadores se hiciera a un lado justo delante de donde se encontraba Selena. Diminuto fue dando tumbos hasta caer de cara al suelo con brazos y piernas extendidos mientras que el impulso arrastró a Ramsey hasta donde estaba ella haciendo que cayera a sus pies con un golpe seco para quedar por fin tendido boca arriba sin moverse.

Selena era consciente de que una dama no debía ser vista en plena calle en medio de semejante escena, como también lo era de lo que se esperaba de ella como futura esposa de un caballero de prominente posición en la isla, pero optó por ignorar tanto las convenciones sociales como los deseos de su prometido y se agachó junto al capitán con la preocupación escrita en sus bellos ojos azules.

Ahora estaba lo suficientemente cerca como para distinguir en las varoniles facciones las marcas del sol y el viento sobre la piel y las leves arrugas en torno a los ojos, que eran casi tan visibles como las pobladas cejas y el hoyito en la cincelada barbilla. En ese momento él abrió los ojos y Selena vio que eran de color avellana con motas verdes y el círculo externo de la pupila de un tono dorado. Aquellos ojos de mirada franca la observaron detenidamente, deleitándose en su serena y distante belleza.

—Un ángel —murmuró con tono de admiración—. Estoy muerto y he subido al cielo.

Arrastraba las palabras más que ella, que claramente tenía una forma de hablar más entrecortada, pero aun así detectó en él un cierto acento británico. Sabía que era americano, así que aquel detalle despertó su

curiosidad mientras observaba su rostro en busca de la menor mueca de dolor.

—¿Está usted herido, capitán? —le preguntó con suavidad.

Los ojos color avellana de Ramsey se llenaron de una luz burlona cuando le respondió:

—Herido de muerte... Estoy convencido de que necesito primeros auxilios.

A Selena le gustó el brillo pícaro de aquellos ojos, pero también le hizo darse cuenta de lo innecesaria que era su preocupación: hacía falta algo más que una simple costalada para dejar fuera de combate a aquella especie de vikingo.

El capitán sacudió la cabeza, como para aclararse las ideas, y luego se puso de pie emitiendo un leve gruñido. La joven se apresuró a retroceder un paso al enfrentarse a la imponente mole de aquel pecho musculoso ligeramente cubierto de vello y reluciente de sudor.

El torso desnudo de Ramsey le provocaba tanto desconcierto como su abrumadora presencia física. Pese a que era alta, Kyle Ramsey parecía cernirse sobre ella desde las alturas y, en comparación con su vigoroso cuerpo, la hacía sentir como una fina caña de azúcar meciéndose al viento.

Él se quedó allí de pie balanceándose un tanto, aunque Selena no tenía claro si se debía al golpe o a los efectos del alcohol que todavía corría por sus venas; luego avanzó un poco con paso indeciso y alargó una poderosa mano encallecida que le posó sobre el hombro para ayudarse a mantener el equilibrio. Temiéndose que la tirara al suelo sin querer, la joven alzó la vista hacia el capitán Ramsey, que la estaba mirando con una expresión abatida que, estaba segura, era fingida.

—¿Así que os proponéis enviarme de vuelta al campo de batalla sin atender mis heridas? —le preguntó con aquella voz profunda para después hacer un ademán de reverencia—. Os suplico que al menos, para que me dé suerte, me entreguéis una prenda, bella señora, ¿un pañuelo tal vez...? O quizá sirva vuestra sombrilla, apuesto a que resultaría de gran utilidad... si se utiliza convenientemente sobre la cabeza de Diminuto...

Sin poder evitar encontrar el comentario gracioso, por mucho que la disgustara el intento de coquetear con ella, Selena arqueó una ceja.

—Me temo que eso sería muy impropio, capitán. Y también opino que debería retirar su mano de mi hombro si no quiere ser testigo de otro interesante uso de mi sombrilla.

El indómito brillo de aquellos ojos color avellana —que sin duda debía ser lo que tenía a la mitad de las mujeres de la isla encandiladas— hizo que pareciera que éstos lanzaban destellos ambarinos.

—Entonces, ¿os negáis a mostraros complaciente? ¡Muy bien, en ese caso tendré que reclamar ahora el beso que corresponde al vencedor como bien merecido premio!

Selena debería haber sido capaz de anticipar el siguiente movimiento del capitán, máxime después de que éste se lo hubiera anunciado, pero estaba acostumbrada a relacionarse con hombres que trataban con gran respeto a las damas, si no por caballerosidad o por tener en cuenta su honor, sí por miedo a la justicia británica que regía en la isla. Los ingleses de Antigua tendían a proteger con mucho celo a sus mujeres y no dudaban en castigar con el cepe la menor ofensa,

sobre todo de los americanos cuya presencia era sólo tolerada.

Por tanto, Selena no estaba en absoluto preparada para que Kyle la agarrase por los brazos y la atrajera hacia su torso desnudo sujetándola firmemente aunque con cierta delicadeza. Y tampoco tuvo tiempo de protestar antes de que él bajara la cabeza y, con sus implacables labios entreabiertos, saliera al encuentro de su voluptuosa boca.

Pese a que fue un beso breve, poco más que el roce de unos labios, incluso antes de que terminara, ella empezó a sentir que el capitán se ponía algo tenso, como si hubiera hecho un descubrimiento sorprendente; y cuando por fin alzó la cabeza, lo vio fruncir el ceño dando la impresión de estar muy desconcertado. Presa del más absoluto desasosiego, Selena le devolvió la mirada a aquellos ojos que lanzaban destellos dorados por más que la sorpresa la tuviera completamente paralizada.

Él no la soltó, sino que se quedó allí de pie, contemplándola.

—Debo de estar más borracho de lo que pensaba —murmuró con voz ronca—, porque juraría que ha temblado el suelo.

Selena se lo quedó mirando con los ojos como platos, incapaz de articular palabra. Al ver que no decía nada, Ramsey la sujetó con algo más de fuerza y volvió a atraer hacia sí su cuerpo rígido y encorsetado para estrecharla entre sus brazos.

Cuando sus labios volvieron a encontrarse, la joven se dio cuenta de que no estaba borracho aunque sabía a ron. El licor la dejó todavía más aturdida, o tal vez fuera el olor almizclado del sudor lo que hizo que se sintiera tan mareada y falta de fuerzas para oponer la

menor resistencia; o quizá en realidad fue el aroma de la piel del capitán, limpio y con una frescura salina que le recordaba el olor del mar. Ninguno de sus prometi-dos había producido jamás en ella semejante efecto, ninguno le había robado el aliento ni la había hecho temblar de pies a cabeza; como tampoco ninguno la había besado nunca del modo en que Kyle Ramsey lo estaba haciendo, con la boca entreabierta y separán-do-le los labios con una lengua decidida a adentrarse a ex-plorar hasta el último resquicio de la suya.

Las fuertes manos del capitán se deslizaron hacia arriba por los brazos de Selena hasta posarse en sus de-licados hombros mientras la besaba con total naturali-dad y casi se diría que a su antojo..., profundamente, a conciencia, llenándole la boca con su lengua al tiempo que le deslizaba los esbeltos dedos por el delicado con-torno de la mandíbula hasta hundirlos en los suaves mechones color oro pálido que enmarcaban el bello rostro bajo el sombrero.

Los cabellos de Selena, que siempre se negaban a permanecer recogidos en el momento menos oportuno, comenzaron a zafarse de las horquillas, pero a ella no le importó: sentía un impulso incontrolable de responder a aquella virilidad abrumadora, al cálido magnetismo animal que él irradiaba, y sólo se dio cuenta a medias de que se oían —como a lo lejos— los silbidos y vítores de los marineros y de que, en algún momento, había deja-do caer la sombrilla. Pese a ello, permaneció apretada contra el cuerpo firme y medio desnudo de Kyle Ram-sey, rindiéndose a aquel beso mientras que, de hecho, sus dedos enguantados se aferraban a los musculosos antebrazos del capitán hasta que por fin él la apartó a regañadientes.

Totamente perdida la compostura, Selena se lo quedó mirando, preguntándose a qué se debía la expresión de asombro que teñía sus facciones bien definidas. Entonces él, como si de un sabueso enorme que se seca el agua del pelaje se tratara, sacudió la cabeza, se diría que con la esperanza de devolver así cierto orden a sus confusos pensamientos.

El movimiento también hizo que Selena reaccionara. Sintió cómo el rubor ascendía por sus mejillas al darse cuenta de que había permitido que un rudo capitán de barco medio desnudo la besara en mitad de una calle de Saint John delante de una multitud de toscos marineros y sólo Dios sabía cuántos lugares.

Con total y calmada deliberación, ella llevó el brazo hacia atrás y, acto seguido, una mano enguantada abofeteó al capitán. Aquello no era exactamente lo que ella deseaba hacer, pero sí lo que la buena cuna y toda una vida de estricta educación le dictaban que debía hacer. Tampoco pareció que el golpe fuera demasiado efectivo porque, pese a que el capitán Ramsey se llevó la mano a la dolorida mejilla para frotársela, también esbozó al mismo tiempo una amplia sonrisa que hizo que las líneas de expresión que surcaban su rostro se hicieran más marcadas al tiempo que se dibujaban en el mismo unos masculinos hoyuelos.

—En cualquier caso, ha valido la pena —la provocó él antes de agacharse a recoger la sombrilla; y seguía sonriendo cuando le entregó el artilugio de tela azul a juego con el vestido—. Ahora no voy a tener más remedio que ganar, sería un pecado no hacer honor a semejante beso de recompensa para el vencedor... —Dicho esto, se dio la vuelta y exclamó con voz ronca—: ¡Dimi-

nuto, compañero! ¿Dónde te has escondido? ¡Prepárate para que te haga picadillo!

Selena se lo quedó mirando con las mejillas arreboladas de vergüenza y su habitual serenidad totalmente alterada.

Cuando Diminuto apareció de nuevo y se reanudó la pelea, la bandada de marineros atónitos volvió a centrar la atención en ella y entonces Selena, con el rostro ardiéndole todavía de vergüenza, hizo un intento de devolver a sus alborotados cabellos el aspecto respetable que deberían haber tenido mientras se apresuraba a mirar a su alrededor para comprobar quién había presenciado el incidente; no vio a nadie conocido, pero aun así estaba segura de que en poco tiempo se correría la voz de lo que había pasado. La sociedad de Antigua era reducida y formaba un tupido entramado, con lo que no sucedían muchas cosas que luego no fueran comentadas, analizadas y juzgadas por todo el mundo.

Alzando la sombrilla, en este caso para ocultar el rubor de sus mejillas, Selena se dio la vuelta y cruzó la calle con paso rápido. Se arrepentía tanto de no haber ido a la sombrerería directamente... Avery se enfadaría cuando llegara a sus oídos lo que había pasado, por supuesto. Le parecería que su comportamiento había sido indigno de una dama de su clase y posición en la sociedad. No obstante, le preocupaba más la afilada lengua de su madrastra, sobre todo porque no tenía excusa para lo que había hecho: no se había resistido al brutal asalto del capitán Ramsey sobre sus labios y, lo que era todavía más vergonzoso, tampoco habría querido hacerlo.

Todavía seguía pensando en qué explicación iba a dar cuando llegó a la sombrerería de la calle Mayor. Su

criado negro, Samuel, no estaba esperándola con el calesín tal y como le había ordenado, pero todavía era pronto y le quedaba un recado por hacer. Justo cuando se disponía a entrar en la tienda, apareció al otro extremo de la calle una elegante calesa verde y negra que vino a detenerse a su lado; quien llevaba las riendas del par de caballos zainos que tiraban del coche era su prometido, Avery Warner, acompañado de un esclavo negro que iba de pie a sus espaldas.

Avery era un caballero alto, de mediana edad, con aspecto distinguido más que apuesto y sienes plateadas. Miró a Selena con expresión grave y un tanto adusta.

—¿Puedo llevarte a algún sitio, querida? No está bien que andes por las calles sin nadie que te acompañe.

Ella sintió que se ruborizaba al oír aquel reproche en público.

—No hace falta, Avery —le respondió tajante—, Samuel llegará en cualquier momento y todavía tengo que hacer unas compras.

—Insisto, no puedo permitir que mi futura esposa se comporte de otro modo que no sea comedidamente, daría lugar a habladurías.

—¡Me sorprende que no te parezca impropio que nos vean juntos sin carabina!

Él reaccionó al comentario mordaz con un gesto de sorpresa, pues Selena rara vez hablaba a nadie en tono cortante.

—Yo diría que la carabina es del todo innecesaria, querida —le respondió con tono de suave reproche—, voy en una calesa abierta y además estamos prometidos. Lo único que me preocupa son las apariencias.

Selena apretó los labios. Era un poco tarde para

que Avery se preocupara por las apariencias precisamente después de que ella acabase de comportarse de un modo que sin duda daría pie a las habladurías, ¡y cómo!

—Y, por supuesto —continuó él con tono más tolerante—, también estoy pensando en tu seguridad, Selena. Acabo de pasar delante de un montón de rufianes borrachos que estaban viendo una pelea enfrente del juzgado, ¡nada menos!, y no había ni un solo representante de la ley por ninguna parte. Estas cosas me repugnan, te lo juro; me parece bochornoso. Esa escoria debería ir a dar con los huesos en la cárcel en vez de andar vagando por las calles. Tengo toda la intención de plantear el tema en el consejo en cuanto se presente la primera oportunidad.

Selena se daba cuenta de que debería contarle el encontronazo que había tenido con esa «escoria» y su osado y juerguista capitán, pero no era capaz de hablar del asunto, no en mitad de la calle con el criado negro de ojos chispeantes escuchando la conversación. Y además Avery se enteraría pronto, sin duda. Tal vez guardando silencio evitaría un escándalo aún mayor; sin necesidad de saber nada más, Avery ya estaba lo bastante agitado como para exigir que el capitán acabara en manos de la justicia y a ella no le parecía que la ofensa de Ramsey fuera lo bastante seria como para mandarlo a prisión.

Así que musitó una respuesta vaga y cuando Warner insistió en esperar para llevarla a casa accedió amablemente y se apresuró a terminar sus compras. Cuando salió de la tienda, llevaba en la mano una sombrerera que su prometido le entregó al criado, quien a su vez la colocó en el asiento de atrás. Luego Avery la ayudó a

subir a la calesa al tiempo que le informaba de que ya había mandado a Samuel a casa.

Salieron de Saint John, con sus casas de madera de estilo georgiano y calles sembradas de cocoteros aquí y allá, y se encaminaron hacia el sur por una carretera estrecha asfaltada con una capa de coral molido que seguía el contorno de la cima de una colina. Desde aquel lugar privilegiado, Selena disfrutaba de una excepcional vista de la cálida isla mecida por el viento.

A su derecha estaba la luminosa extensión de mar con sus tonos turquesa que se volvían verde claro en la zona de los bancos de coral que rodeaban Antigua y penetraba en el millar de pequeñas ensenadas y calas que poblaban la costa. La mitad de la isla orientada a sotavento estaba al resguardo de los fuertes alisios y las olas del Caribe bañaban con suavidad las playas de arena blanca, mientras que la costa oriental quedaba expuesta a las imponentes olas que levantaba el viento del Atlántico.

Tierra adentro, se abría ante sus ojos un paisaje de suaves collados cuajado de matorrales bajos y campos verdes y, a lo lejos, se alzaba el pico Boggy, el punto más alto de la isla que en general era bastante plana: a excepción de las suaves pendientes del Boggy y los cuidados jardines de las inmensas casas de las plantaciones, Antigua prácticamente no tenía árboles porque no había ríos ni ninguna otra fuente permanente de agua, lo que dejaba a sus habitantes a merced de las ocasionales lluvias torrenciales y el agua que pudieran recoger en cisternas y depósitos. Los frondosos campos cubiertos de caña de azúcar también habían poco menos que desaparecido porque la cosecha ya casi había terminado, pero, incluso así, la isla poseía un verdor resplandeciente.

Selena estaba pensando en la cosecha cuando Avery, movido por la curiosidad, le preguntó por el recado que la había traído hasta la ciudad.

—Necesitaba un sombrero de un tono en particular —mintió, pues prefería responder con esa excusa que mencionar los problemas con Edith—. Mañana estreno vestido.

—¡Ah, sí, el baile del vicegobernador! Seguro que estarás preciosa, querida, pero... podías haber mandado a un criado a buscarlo.

—Sí, quizá...

—Bueno, no pasa nada, no obstante, en el futuro tal vez sería mejor que te acompañara un criado o que esperaras a que yo esté libre y pueda ir contigo.

Selena alzó la barbilla con actitud un tanto desafiante. La sugerencia de Avery era razonable: en tiempos de su madre, sin ir más lejos, las damas de buena cuna nunca eran vistas por las calles de Antigua sin ir cubiertas con un fino velo, pero a Selena le habían dado libertad desde el día en que tuvo edad para subirse a un caballo. Si Avery se proponía poner límites a esa libertad de aquel modo antes de la boda, le iba a resultar muy difícil cumplir con sus deberes como responsable de la plantación.

—También fui a ver al señor Foulkes, si es absolutamente necesario que lo sepas —continuó diciendo—, para tratar un asunto que no podía delegar en nadie.

—Me imagino que te refieres a las extravagancias de Edith. Sí, ya... —comentó Avery al tiempo que Selena lo miraba sorprendida—. Sé que hipotecó la casa para comprarse un tesoro en joyas. Un disparate, desde luego, sobre todo si se tienen en cuenta sus ingresos. Espero que no te pongas acudir en su ayuda...

—Me parece que no tengo mucha elección. Podría perder la casa si no paga lo que debe...

—Deja que la pierda.

—Avery, estamos hablando de mi hogar.

—No te hará ninguna falta cuando te cases conmigo, querida. Ésa es otra razón para evitar retrasar más la ceremonia, me gustaría tener total control de la plantación antes de la siembra de otoño. No es que tú no lo hayas hecho increíblemente bien, sobre todo para ser mujer, pero tu padre nunca quiso que tú te quedaras al frente de forma indefinida; él deseaba que tu esposo acabara ocupándose de todo. Además, estoy seguro de que para ti será un alivio librarte de una carga tan pesada.

Selena se mordió la lengua para no decir algo que luego lamentaría y Avery alargó el brazo para darle una palmadita en la mano con cariñoso aire paternal.

—Hablaré con Edith, querida, creo que seré capaz de convencerla para que tenga en cuenta lo que sientes por la casa y se abstenga de seguir gastando de forma tan inconsciente.

Para entonces la calesa de Avery ya se estaba deteniendo frente a la mansión que tanto preocupaba a Selena, un edificio de piedra de una sola planta a la sombra de mangos y ceibas. Estaba construido sobre pilares a cierta distancia del suelo para que fuera más fresca y contaba con una galería exterior protegida del sol con grandes paneles de lamas de madera. Una finas columnas también de madera soportaban los aleros en forma de arco por los que trepaban enredaderas cuajadas de casias amarillas y doradas flores de palo campeche.

Pese a lo mucho que la había irritado el sermón de Avery, Selena se sintió en la obligación de invitarlo a tomar el té. El interior de la casa era elegante y se respira-

ba un agradable frescor; la decoración era muy parecida a la de las casas solariegas inglesas, con alfombras Aubusson y mobiliario Hepplewhite que su padre había hecho traer en barco desde Inglaterra hacía ya años.

Selena se enteró por el mayordomo negro de que su madrastra no estaba en casa, y Edith seguía sin haber vuelto para cuando se marchó Avery tras prometerle que la vendría a buscar para acompañarla al baile del vicegobernador a la noche siguiente, así que la joven no vio a su madrastra hasta la hora de la cena.

Desde luego Edith Markhan, una atractiva mujer menuda de cabellos castaños, no tenía el aspecto típico de una viuda desconsolada; como tampoco era lo suficientemente mayor como para ser la madre de Selena, puesto que sólo había diez años de diferencia entre ellas. Ahora bien, sí existía un abismo en lo que a temperamento y formas se refería: Selena era sensible y reservada mientras que a Edith se la podía describir como poco considerada y demasiado directa; Selena era esbelta y pálida, y en cambio Edith tenía una figura voluptuosa y tez morena como la de una gitana. Nunca se habían llevado bien, ni durante los cinco años anteriores a la muerte de Thomas Markham, ni en los dos que habían transcurrido desde entonces.

A Selena nunca se le había pasado por la cabeza que su madrastra pudiera estar celosa de su belleza esquiva y sus dotes de mando, lo único que veía era que Edith rara vez dejaba escapar la oportunidad de mermar su confianza y ridiculizar los esfuerzos que realizaba, así que no la sorprendió lo más mínimo que, en cuanto les sirvieron la sopa, ésta sacara inmediatamente el tema que ella tanto temía.

—Tengo entendido que has dado todo un espectá-

culo esta tarde —comentó Edith al tiempo que le clavaba una mirada acusadora—. Selena, te tengo que llamar la atención. Tu falta de decoro me avergüenza profundamente. Nada menos que tres de mis amistades me han hablado de tu bochornosa conducta.

Selena se puso tensa al oír la regañina, pero no dijo nada, a sabiendas de que cualquier argumento que pudiera aducir sólo serviría para que Edith se mostrase aún más decidida a ser desagradable. Había descubierto que la mejor manera de tratar con su madrastra era ignorarla siempre que fuera posible y, si no podía hacer tal cosa, tratarla con cortesía distante.

—Si insistes en comportarte de forma tan vergonzosa —continuó Edith—, mucho me temo que tendré que pedirte que no vayas a la ciudad.

—No volverá a pasar, te lo aseguro.

—¡Eso espero! Si no tienes cuidado, acabarás consiguiendo espantar a Avery. Desde luego estoy convencida de que ya sospecha que tienes debilidad por los marineros después de la historia de hace unos años, cuando andabas como alma en pena suspirando por aquel oficial de la Marina.

A pesar de que estaba decidida a mantener la compostura, Selena sintió que un rubor casi doloroso le teñía las mejillas; Edith acababa de golpearla en su punto más débil: su amor perdido.

Edward había sobrevivido a la guerra con América, ya que Selena había recibido poco después de que ésta terminara una carta suya repleta de planes para su futura vida juntos. Luego, cuando se enteró de que su barco se había hundido en una tormenta, adquirió la costumbre de recorrer a caballo la larga distancia hasta English Harbor todos los días, con la esperanza de obtener en

las oficinas del almirantazgo noticias traídas por los navíos que habían llegado a puerto que tal vez le permitieran averiguar algo sobre su prometido. Nunca se encontró a ningún superviviente de aquel naufragio, pero, por no tener prueba palpable de la muerte de Edward, a Selena le había resultado más difícil superarla. Incluso ahora, al cabo de unos cuantos años, a veces todavía soñaba con que la noticia de su muerte no había sido más que un terrible error.

—Supongo —prosiguió Edith rompiendo el silencio— que podía haber sido peor... Por lo menos el capitán Ramsey no es un vulgar marinero, hasta se rumorea que es tan rico como lo era tu padre... Ahora bien, la razón por la que un hombre pueda preferir continuar siendo capitán de un barco cuando podría estar disfrutando de las comodidades de la vida en tierra es algo que se me escapa.

—Quizá le gusta el mar —aventuró Selena con frialdad.

Edith la atravesó con una mirada nada amistosa.

—Si el capitán Ramsey es lo suficientemente rico como para establecerse, entonces su obligación como caballero es invertir en tierras. —Como Selena no le contestó, Edith dejó de comer para clavar en su hijastra una mirada penetrante—. Seguro que se aloja en Cinco Islas, así que sugiero que ni te acerques por allí, a no ser que quieras ponerte todavía más en evidencia.

La expresión de Selena se volvió glacial. En honor a la memoria de su padre, estaba sin duda obligada a tratar a Edith con una cortés deferencia, pero las obligaciones filiales tenían un límite, estaba dispuesta a dejarse avasallar, pero sólo hasta un punto y su madrastra casi lo había alcanzado.


—No me hacen falta tus advertencias... —le respondió con gélida civilidad.

Edith pareció reconocer el límite que estaba a punto de sobrepasar porque al final cambió de tema y se puso a hablar de otras cosas. Selena, silenciosa pero con los ojos echando chispas, volvió a centrar su atención en el plato de sopa y apenas dijo nada durante el resto de la cena.

Tal vez fue la bronca de Edith lo que hizo que esa noche Selena no consiguiera conciliar el sueño y diera vueltas en la cama hasta altas horas, o quizá la culpa la tuvo que le hubiese mencionado a su amor perdido, pero el caso es que cuando se retiró a su habitación permaneció despierta durante un buen rato. Al final se puso un salto de cama sobre el camisón de fina muselina blanca y salió sigilosamente a la galería por las puertas de cristalera.

La luna llena resplandecía a través de las rendijas de los paneles de lamas y una suave brisa le acariciaba la piel al tiempo que revoloteaba por entre sus pálidos cabellos. Esa noche no se había recogido el pelo en una trenza y le caía como una sedosa cascada por la espalda, igual que un manto de plata. Apoyó la cabeza contra la fresca piedra del arco de la galería y se quedó contemplando con mirada perdida la sombra que proyectaba una imponente ceiba.

Podría haber sido feliz: era la época de la cosecha, cuando se trabajaba más, pero también cuando el ánimo tanto de esclavos como de terratenientes estaba en su punto álgido. La cosecha había sido buena, no como la de otros años cuando la falta de lluvia había resulta-



do en una producción tan escasa que los isleños habían estado cerca de morir de hambre. Además, iba a casarse muy pronto. Avery podía no ser el ideal de los sueños románticos de una joven, pero la cuidaba a su manera y sería buen marido. Y ella pronto se convertiría en señora de su propia casa y podría dejar atrás la sensación de inseguridad que experimentaba desde que Edith había usurpado el lugar de su madre en el corazón de Thomas Markham.

Sin embargo, sentía un peso inexplicable en el pecho. Seguramente, pensó, se debía a que aún no había decidido si trataría de salvar el hogar en que había nacido. Y tampoco ayudaba en absoluto que sus pensamientos vagaran indefectiblemente de vuelta al beso implacable de Kyle Ramsey: su fortaleza indómita la hacía sentir tan femenina; su sensualidad primitiva, tan deseable. Sin duda a él no le habría afectado tanto. El capitán era de la clase de hombre para quien los besos no significan gran cosa, el típico marinero intrépido con «una mujer en cada puerto». Seguramente ya se habría olvidado por completo de lo sucedido.

Pero Selena no conseguía olvidarlo. Seguía recordando la sedosa firmeza de su musculoso cuerpo, el almizclado aroma viril y la extraña vibración que había despertado en ella, y todavía se preguntaba qué habría pasado después si el beso no hubiera tenido que acabar. Tenía una vaga idea de qué era lo que ocurría entre un hombre y una mujer, así que se lo podía imaginar...

De repente sacudió la cabeza, aquellas fantasías no eran aceptables para una joven dama soltera, sobre todo para una de su posición social, y que estaba prometida con uno de los ciudadanos más prominentes de Antigua.




Alzó la vista hacia el horizonte. No podía ver el mar, pero sí le llegaba su olor fresco mezclado con las exóticas fragancias de las flores tropicales. Cinco Islas, la plantación donde se alojaba el capitán Ramsey, estaba a poca distancia de allí y debía su nombre a las cinco islas diminutas que se divisaban justo delante de ella, a poca distancia de la costa. Los terrenos eran adyacentes a los de sus propiedades y estaban cerca de una de sus calas favoritas, a la que solía ir con frecuencia a nadar, aunque por supuesto no de noche, sino al amanecer, antes de que el sol tuviera suficiente fuerza como para abrasar su blanca piel.

La mansión de Cinco Islas, de un estilo menos formal que la suya, era un edificio amplio de una sola planta rodeado de espaciosas verandas y altísimos cocoteros. ¿Estaría Kyle Ramsey allí en este instante o se habría quedado en la ciudad para buscarse alguna tabernera complaciente que calentara su cama?

Selena se encogió de hombros. No tenía la menor idea de por qué pensaba en esas cosas...; lo mejor sería que intentase dormir un poco. Se estaba dando la vuelta para encaminarse hacia su habitación cuando de repente oyó un grito ahogado que venía del otro lado de la galería. Era un sonido suave, como si alguien estuviera quejándose de dolor, pero tratase de ocultarlo. Llena de preocupación, se acercó para investigar sin que las pisadas de sus pies enfundados en zapatillas de seda produjeran el menor ruido mientras avanzaba por el suelo de madera de la galería.

Al doblar la esquina, en el extremo opuesto al lado de la casa donde estaba su propia habitación, vio una luz encendida en la alcoba de Edith. Cuando Selena oyó de nuevo el suave gemido, reconoció la voz de su






madrastra y, preocupada por que le pudiera pasar algo, apretó el paso. Pero al llegar a la puerta de cristalera que daba entrada a los aposentos de Edith, se detuvo en seco al contemplar la escena que apareció ante sus ojos al otro lado de las largas cortinas transparentes medidas por la suave brisa.

Edith, con el vestido de seda que llevaba a la hora de la cena todavía puesto, estaba tendida en la inmensa cama de matrimonio con brazos y piernas separados y una expresión de placer distorsionándole las facciones. Avery estaba sobre ella, prácticamente vestido, y su cuerpo se balanceaba adelante y atrás entre las piernas de la mujer, con movimientos rítmicos, mientras le sujetaba los brazos por encima de la cabeza.

Antes de que Selena consiguiera reaccionar, él dio una última embestida que le arrancó a Edith otro grito ahogado de placer.



—No hagas ruido, querida —le ordenó con voz ronca—, o despertarás a toda la casa.

Avery estaba de espaldas a la cristalera y Selena no podía ver la expresión de su rostro, pero sí detectó la irritación en su voz. Entonces un último escalofrío recorrió el cuerpo de Warner y de inmediato se apartó bruscamente para ponerse de pie enseguida. Luego tiró del bajo del arrugado vestido de Edith para tapanle los muslos en los que lucía sendas ligas y acto seguido comenzó a abotonarse los pantalones. En ese momento la mujer abrió los ojos que la sensual mezcla de dolor y placer había vuelto casi negros.

Selena se quedó allí paralizada mientras intentaba asimilar lo que estaba viendo, pero cuando Avery comenzó a sacudirse las marcas que los chapines de seda de Edith le habían dejado en el chaleco de seda y los



pantalones color gris perla, dejó escapar un grito ahogado y no pudo evitar retroceder un paso: su mente por fin había comprendido lo que ocurría. Siempre había sabido que no podía aspirar a que Avery le fuera fiel, ¡pero la había traicionado con su propia madrastra y en la misma cama en la que ella había nacido!

Edith alzó la cabeza y clavó la mirada en las cortinas del ventanal durante tanto tiempo que Selena se dio cuenta de que la debía haber oído; sabía que lo mejor era marcharse inmediatamente para no ser testigo de ninguna prueba más de la traición de Avery, pero la náusea que se iba acumulando en su estómago le impidió despegar los pies del suelo durante el tiempo suficiente como para oír las siguientes palabras de Edith:

—¿Cómo puedes casarte con esa puritanita inocente y casta? —le preguntó a Warner mientras él se dirigía con paso decidido hacia el tocador para recoger su casaca—. Selena no te dará lo mismo que yo.

Con sumo cuidado, él tomó la chaqueta en sus manos y empezó a inspeccionarla a conciencia para comprobar si estaba arrugada por algún lado.

—Precisamente porque es inocente y casta, querida —respondió con voz anodina.

—Y porque posee unas tierras que tú codicias, ¡no lo niegues! Si Thomas me hubiera dejado a mí la plantación, te casarías conmigo.

—Los caballeros siempre eligen esposas puras y virginales, querida; no desvergonzadas. Y tú eres una completa desvergonzada. Selena, en cambio, es una dama. No hay ni un ápice de desvergüenza en ella.

La joven retrocedió un paso más al tiempo que se clavaba las uñas en la palma de la mano para no gritar de dolor y humillación.

—Me echarás de menos cuando te cases —sentenció Edith con tono irritado.

—Ya te lo he dicho muchas veces: no tengo la menor intención de dejarte sólo porque tenga esposa. Os tendré a las dos y también seré dueño de las tierras.

Edith miró hacia la ventana y luego esbozó una sonrisa taimada y triunfante. Selena se dio la vuelta con paso inestable y las lágrimas nublándole la vista; lo único que sabía era que tenía que huir de aquella casa.

Se las ingenió de algún modo para llegar hasta los establos y le puso la brida atropelladamente a su caballo favorito, una yegua blanca llamada *Palas*. La silueta de amazona y montura proyectó una fugaz sombra sobre la luna en mitad de la noche mientras avanzaban camino del mar. Con lágrimas de ira y dolor rodándole por las mejillas, se inclinó sobre el cuello de la yegua y el movimiento hizo que su melena se desparramara como un manto plateado sobre su espalda.

Por fin llegó a la apacible cala donde las crestas resplandecientes de las olas del Caribe se extendían hasta el infinito ante sus ojos. Lo veía todo borroso por culpa del llanto y apenas era consciente de lo que hacía; se apresuró a bajar de la montura y se adentró en el mar como arrastrada por una instintiva necesidad animal de obtener consuelo de algún modo.

—Pero ¿qué demonios?... —rugió una voz teñida de sorpresa a sus espaldas justo en el momento en que las tibias olas le cubrían la cabeza.

Sintió que los escarpines se deslizaban de sus pies mientras comenzaba a bracear vigorosamente avanzando entre las olas. Las faldas del salto de cama y el camión se le enredaban en las piernas desnudas haciéndole más difícil permanecer a flote, pero cuando volvió a oír

la misma voz masculina seguida del ruido de una zambullida, como si alguien se hubiera tirado al agua tras ella, Selena reanudó sus esfuerzos con más energía aún. Estaba demasiado disgustada como para enfrentarse a su perseguidor. Lo único que quería era que la dejaran en paz.

Sin embargo, en tan sólo un instante se dio cuenta de que estaba perdiendo la batalla, pues oía el sonido de las poderosas brazadas prácticamente al lado. Y entonces un brazo firme le rodeó la cintura y tiró de ella hacia atrás para apretarla contra un torso aún más firme.

—¡No! ¡Suélteme! —chilló agitando los brazos en alto al tiempo que se deshacía en furibundos sollozos.

—No pienso quedarme mirando mientras se ahoga —le respondió ásperamente una voz grave al oído.

Se daba cuenta de que aquel desconocido estaba preocupado por su seguridad, pero ella no deseaba que la rescataran. Aunque trató de soltarse del musculoso brazo, se encontró con que era tan imposible como escapar de un descomunal cepo de acero; lo único que podía hacer era forcejear con desesperación mientras él la arrastraba de vuelta a la orilla.

Cuando llegaron a la playa, Selena se puso a dar patadas al aire, llena de furia, al tiempo que tosía por culpa del agua que había tragado. Su captor la arrastró lejos de las olas llevándola apoyada en la cadera igual que un fardo y luego por fin la depositó en la arena; en ese momento, sus largas piernas se enredaron con los pies de ella y el salvador dio un traspié, cayó de rodillas sobre la arena húmeda y, lanzando un juramento contrariado, consiguió de milagro no aplastarla bajo el peso de su imponente cuerpo.

Selena seguía llorando y tenía la respiración entrecortada, pero aunque le costaba trabajo tomar aliento consiguió tenderse boca arriba para poder usar los puños contra aquellos hombros inmensos que se cernían sobre ella.


—¡Pero... es usted! —exclamó, pues a través del velo que formaban ante sus ojos los mechones despeinados de su larga melena y las lágrimas pudo distinguir las facciones bien definidas del rostro de aquel hombre a la luz de la luna: el fenomenal cuerpo medio tendido a su lado que casi la había aplastado no era otro que el de Kyle Ramsey.

—¡Maldita sea, estese quieta! —le ordenó el capitán bruscamente mientras ella trataba de escabullirse y, al ver que no cejaba en su empeño, le aprisionó los muslos con una de sus poderosas piernas y la agarró de las muñecas sujetándole los brazos por encima de la cabeza.

Aquel gesto, tan similar a la forma en que Avery había sujetado a Edith mientras hacían el amor, hizo que Selena se callara de inmediato y cerrara los ojos al tiempo que el horrible recuerdo provocaba un nuevo torrente de lágrimas. Avery la había traicionado en su propia casa y aun así pretendía casarse con ella. «Los caballeros siempre eligen esposas puras y virginales, querida.» Desde luego ella era virginal, eso sin duda. Y además su despreciable prometido se proponía hacerse con la plantación Markham...

—¿Puede saberse qué demonios trataba de hacer? —oyó que le preguntaba el capitán Ramsey entre dientes—, ¿ahogarse?


Sorprendida por el atrevido comentario, Selena abrió los ojos y se encontró con que el capitán la estaba



mirando con cara de preocupación, con la frente arrugada y las pobladas cejas castañas entretejidas en un gesto consternado, igual que había hecho ese mismo día justo después de besarla. Ahora tampoco llevaba camisa y las gotas de agua que resbalaban por los poderosos músculos de sus brazos y hombros resplandecían a la luz de la luna.

Al sentir el contacto de aquellos músculos firmes bajo la piel húmeda y el imponente torso apretándose contra su pecho, Selena no pudo evitar recordar el descaro con que había respondido al beso de aquel hombre y, de repente, tuvo una idea: Avery quería una esposa virginal, ¿no?

El contorno de su delicada mandíbula se endureció al tiempo que su rostro se teñía de profunda determinación al mirar al capitán fijamente a los ojos:



—Capitán —dijo por fin con total claridad por más que tuviera la voz enronquecida por el llanto—, quiero que me haga el amor.

